

COLECCIÓN LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS



DESOBEDIENCIA

ANTOLOGÍA DE ENSAYOS POLÍTICOS

HENRY DAVID THOREAU

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE LAURA NARANJO GUTIÉRREZ,
CARMEN TORRES GARCÍA Y MARCOS NAVA GARCÍA



errata naturae

Índice

<i>PRÓLOGO DE LOS EDITORES</i>	9
EL ESPÍRITU COMERCIAL DE LOS TIEMPOS MODERNOS	15
LA BARBARIE DE LOS ESTADOS CIVILIZADOS	19
¿QUÉ PERSIGUEN LOS HOMBRES?	23
LA VERDADERA JUSTICIA	27
DEFENSA DE LA EDUCACIÓN UNIVERSAL	31
WENDELL PHILLIPS ANTE EL LYCEUM DE CONCORD	33
CONTRA LOS REFORMADORES	39
DESOBEDIENCIA CIVIL	57
LA ESCLAVITUD EN MASSACHUSETTS	87
ECONOMÍA	107
LEYES SUPERIORES	197
DEFENSA DEL CAPITÁN BROWN	211
EL MARTIRIO DE JOHN BROWN	243
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JOHN BROWN	249
UNA VIDA SIN PRINCIPIOS	259

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2015

© de la traducción de «Economía» y «Leyes superiores», Marcos Nava

© de la traducción del resto de textos, Laura Naranjo y Carmen Torres

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-02-8

DEPÓSITO LEGAL: M- 29978-2015

CÓDIGO BIC: JP

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Como todos los grandes filósofos, Ralph Waldo Emerson también dijo alguna tontería. Por ejemplo ésta, referida a Henry David Thoreau y escrita en el panegírico que publicó tres días después de la muerte de su discípulo: «No tuvo tentaciones contra las que luchar, ni apetitos, ni pasiones». Como si la tentación de vivir una vida a la espigada altura de sí mismo no fuera una pasión extrema, potencialmente demolidora, que mantuvo a Thoreau siempre en guardia y en tensión para no ceder a la posibilidad de vivir una vida ajena, impropia, una vida que otros se habrían ocupado de pensar, pautar y cercar.

¿Cómo debería vivir mi vida? Ésta fue la gran pregunta que Thoreau acechó, o por la que fue acechado, durante toda su existencia. Una pregunta que, en ocasiones, orillaba también la cuestión política que aborda este volumen. Aunque no de la manera en la que quizás a veces, por mera inercia, podríamos pensar. Al fin y al cabo, como el propio Thoreau admitía en una carta fechada en 1856, apenas unos años antes de su muerte, en general no hacía demasiado caso de la política. Pero ¿qué entendía Thoreau por «política» cuando afirmaba de este modo su desinterés? Seguramente se refería a los grandes titulares de los periódicos, moribundos a las pocas horas, cuya lectura no recomendaba a todos aquellos que apreciaran su tiempo y sospecharan algo sobre el valor irreemplazable de la existencia; o a los correteos y comparsas de Washington y a su avejentada interpretación de la democracia, aun siendo ésta allí tan escandalosamente joven;

o a las campañas, las promesas, los votos, los fraudes, las decepciones y las nuevas campañas, como la rueda destructora del dios Taranis. De hecho, Thoreau, como muchos de sus contemporáneos de mediados del siglo XIX en Estados Unidos, sentía una profunda desafección por esa política y sus políticos, seguramente como consecuencia de la rápida extensión de la corrupción en las novísimas instituciones gubernamentales y de las sucesivas e incumplidas promesas presidenciales, sobre todo por parte de Andrew Jackson, relativas a la devolución del poder a los ciudadanos. Un contexto que sin duda nos resulta familiar.

Quizás por todo ello, Thoreau se interesó por la política en la medida y en las ocasiones en que la realidad lo empujó, por así decirlo, a vivir políticamente y a abandonar los espacios naturales y salvajes en los que pasaba buena parte de su tiempo y en los que el Estado le resultaba invisible y su acción, desprovista de fuerza y alcance. Al fin y al cabo, Thoreau se encaró con lo político como con todo lo demás: haciendo un ejercicio de pensamiento que respondía de forma estricta a su propia experiencia, es decir, pensaba aquello que vivía y, al mismo tiempo, vivía tal como pensaba. En este sentido, Thoreau no fue un gran lector de la historia del pensamiento político y pocas son las referencias a esta tradición que aparecen en sus escritos. Su reflexión política se presenta así como un relámpago, como una iluminación súbita y discontinua, sin interés alguno en la sistematicidad o la coherencia, más allá de la coherencia consigo mismo y su propia vivencia. Y si hoy en día Thoreau es un clásico del pensamiento político y un referente inexcusable para los debates sobre la desobediencia civil o las relaciones entre el Estado y el individuo, sería sin duda para su propia sorpresa, después de publicar apenas un par de libros en su vida, y uno de ellos a su costa y endeudándose dolorosamente a causa de sus ínfimas ventas.

Así, en sus ensayos políticos Thoreau siempre habla de un modo u otro desde la primera persona, y las grandes preguntas

que atraviesan su reflexión (¿cuál es la responsabilidad individual en relación con la injusticia social?, ¿cuál es el fundamento y el límite de la obediencia de los ciudadanos en relación con la autoridad política?, ¿puede justificar la libertad el uso de la violencia?, ¿cuáles son nuestras verdaderas necesidades y quién debe garantizarlas?) derivan de forma directa y necesaria de su propia biografía. A este respecto, es interesante recordar que Cynthia, la madre de Thoreau, a la que éste adoraba, fue fundadora de la Sociedad Femenina Antiesclavista de Concord, y la casa familiar fue refugio en innumerables ocasiones de esclavos fugitivos con los que Thoreau convivió desde niño. Más tarde él mismo ayudó a muchos de ellos (por ejemplo, enseñándoles a orientarse de noche en los bosques gracias a las estrellas, de modo que pudieran alcanzar la frontera canadiense), y terminó escribiendo algunos de los textos más osados y de mayor alcance reivindicativo de cuantos reclamaron el fin de la esclavitud en Estados Unidos, tal como pueden leerse en el presente volumen.

El padre de Thoreau, por su parte, fue comerciante, siempre tras el negocio de su vida. Y el primer ensayo de cierta relevancia de su hijo, escrito a los veinte años y que abre este libro, fue «El espíritu comercial de los tiempos modernos»: una crítica mordaz y acerada de la economía de su tiempo y de los hombres que la amparaban desde las oficinas de sus empresas, sus fábricas y sus comercios a lo largo y ancho del país, obsesionados con las supuestas bondades del trabajo y con la búsqueda ilimitada de los beneficios. Poco después de escribir este texto, y a requerimiento de su padre, Thoreau trabajó en el nuevo negocio familiar, una fábrica de lápices. Una vez allí revolucionó el sistema de fabricación del grafito gracias a una serie de innovaciones de carácter experimental y creativo: desde entonces y durante décadas fueron los lápices de mayor calidad de Estados Unidos, sólo comparables a los Faber-Castell alemanes. Aunque Thoreau no disfrutó del «éxito», pues abandonó la fábrica en cuanto el nuevo

sistema estuvo en marcha y la exigencia paterna cumplida, deseoso de volver a estar a la altura de su propia vida, que poco tenía que ver con los réditos de la actividad industrial y las interminables jornadas en el taller alejado de la naturaleza. ¿Se vislumbran en esta secuencia familiar los orígenes de la intemperante reflexión de Thoreau contra el paternalismo del Estado y sus injerencias en la inalienable autonomía del individuo? Quién sabe.

Fiel en cualquier caso a la inextricable relación de su vida y su pensamiento, Thoreau trabajaba sus textos de manera absolutamente cotidiana, día a día y sin programa alguno, anotando ideas, sueños y citas en sus diarios, que se convertían en un auténtico semillero del que brotaban después, a veces mucho después, todos sus ensayos. Y en el caso de aquellos de alcance político, es interesante reseñar que prácticamente todos ellos acabaron obteniendo forma como lecturas públicas en el Lyceum de Concord, es decir: que sólo fueron definitivamente escritos en la medida en la que iban a convertirse en un verdadero cara a cara con la sociedad a la que esos mismos textos juzgaban, y en muchos casos reprobaban y desenmascaraban. Sin ese impulso hacia la comunidad y la discusión, seguramente no habrían pasado de ser unas cuantas notas sueltas y privadas. Los de Thoreau son, por tanto, ensayos políticos en el sentido más radical del término.

Así, «Economía» fue leído ante sus conciudadanos de Concord en 1847, si bien el texto fue escrito a partir de las anotaciones y vivencias de Thoreau durante los dos años previos, que pasó en la famosa cabaña alzada junto a la laguna de Walden. Un año después leyó en esa misma tribuna del Lyceum «The Rights and Duties of the Individual in Relation to Government», que un año después sería publicado bajo el título de «Resistance to Civil Government», y finalmente reeditado, en 1866 y ya de forma póstuma, bajo el título por el que lo conocemos hoy, «Desobediencia civil». El texto parte del arresto sufrido por Thoreau

tras negarse a pagar un impuesto para financiar al Gobierno. Sus razones eran nítidas y contundentes: la guerra contra México librada por Estados Unidos era para Thoreau una guerra esclavista y no estaba dispuesto a apoyar con su dinero a un Estado que consentía la esclavitud de seres humanos. Lo cierto es que la esclavitud estaba prohibida en los estados del Norte, pero la Constitución no establecía nada con relación a los nuevos territorios o estados. De modo que, tal como auguraron Thoreau y muchos otros, cuando Estados Unidos ganó la guerra y se anexionó Texas, este territorio se convirtió en un nuevo e inmenso estado esclavista bajo el amparo del gobierno federal.

De la misma manera, «Una vida sin principios» fue leído en el Lyceum en 1854; «La esclavitud en Massachusetts» durante un mitin antiesclavista celebrado poco después en Framingham; «Defensa del capitán Brown» fue leído en diversos auditorios en 1859; y «Los últimos días de John Brown» fue escrito para ser leído durante el entierro de John Brown en 1860. Por tanto, como se puede ver, prácticamente todos los grandes textos políticos de Thoreau fueron en realidad declaraciones públicas, aperturas al debate y llamamientos deliberados a la conciencia política y al deber cívico de sus conciudadanos en relación con los grandes temas y discusiones de la época: la guerra, la barbarie, la esclavitud, la objeción de conciencia, la desobediencia civil, la naturaleza de la libertad, los límites de la autonomía individual o la legitimidad de la violencia.

A pesar de todo ello, a pesar de la vocación evidentemente comunitaria y práctica de su pensamiento y sus escritos, Thoreau ha sido acusado en innumerables ocasiones de «purismo individualista», de «no tener en cuenta la imbricación de las fuerzas sociales», de «mantenerse en un contexto abstracto». Es cierto que Thoreau primó la dimensión individual y moral del sujeto, así como la autoridad de la conciencia sobre la acción del individuo y frente a toda restricción institucional, pero no rescindió por

EL ESPÍRITU COMERCIAL
DE LOS TIEMPOS MODERNOS

ello el contrato cívico que lo unía con la sociedad ni la aspiración a conformar sutiles alianzas insurgentes con aquellos con quienes compartía su tiempo. Ni siquiera cuando se retiró a la cabaña de la laguna pasó más de una semana sin acercarse a Concord, a apenas una milla y media de distancia, o sin recibir una visita. Es cierto que odiaba la mera idea de formar parte de cualquier colectivo con nombre o apartado de correos, pero consideraba la amistad, esa forma más elevada y sutil de asociación, un auténtico regalo de los dioses.

En términos políticos, Thoreau fue sin duda un disidente e impregnó sus escritos con una fuerza tonificante que, aún hoy, anima nuestro propio espíritu de la resistencia y sostiene nuestra guardia en alto, algo quizás más necesario que nunca en una sociedad dominada por el control blando pero ubicuo de cada opinión y cada deseo. A la manera de la famosa divisa de *Walden* —«simplifica, simplifica»—, la propuesta de Thoreau, incluida su propuesta política, es simple, en el mejor sentido de la palabra: nos sugiere rechazar las falsas bondades de la civilización (la riqueza, el poder, el industrialismo, el éxito, el intelectualismo) y acercarnos a los verdaderos dones de la naturaleza (la simplicidad, la sobriedad, la belleza, la imaginación, la vida). Y la excepcionalidad de Thoreau reside en haber llevado a cabo esta propuesta no tanto por medio de una obra como de una vida filosófica, en la que sus escritos ocupan el lugar de auténticas experiencias vitales.

Con razón se ha dicho que la historia del mundo es la historia del progreso de la humanidad; cada época se caracteriza por algún desarrollo peculiar, por algún elemento o principio que va evolucionando continuamente gracias a los trabajos y esfuerzos simultáneos, si bien inconscientes e involuntarios, de la mente humana. A través del estudio minucioso y de la observación, se ha descubierto que la principal característica de nuestra época es la libertad perfecta: la libertad de pensamiento y de acción. El griego indignado, el polaco oprimido y el americano celoso coinciden en esto. Tanto el escéptico como el creyente, tanto el hereje como el fiel hijo de la Iglesia han empezado a disfrutar de ella. Ha generado un grado inusual de energía y actividad: ha generado el *espíritu comercial*. El hombre piensa más rápido y más libremente que nunca. Además, se mueve más rápido y con mayor libertad. Es más inquieto, pues goza de una independencia de la que no había disfrutado jamás. Ya no le basta con el viento y las olas: debe vaciar las entrañas de la tierra para construir un camino de hierro en su superficie.

Si alguien examinara esta colmena nuestra desde un observatorio entre las estrellas, percibiría un insólito grado de agitación en los últimos años. En una celda habría martilleo y corte, horneado y fermentación, y, en otra, compraventa, cambio de divisas y declamación de discursos. ¿Qué impresión recibiría de una observación tan general e imparcial? ¿Le parecería que la humanidad está usando este mundo sin abusar de él? Sin duda, primero

se asombraría ante la profusa belleza de nuestro orbe; nunca se cansaría de admirar sus variadas regiones y estaciones, con sus cambios de librea. Y no podría evitar fijarse en ese animal inquieto para cuyo beneficio fue inventado, pero, allá donde encontrara a uno capaz de admirar con él su hermosa morada, hallaría a los noventa y nueve restantes rasguñando un poco de polvo dorado de su superficie.

Al considerar la influencia del espíritu comercial en el carácter moral de una nación, sólo hemos de fijarnos en el principio que la rige. Debemos buscar su origen y el poder que lo sigue manteniendo y sustentando, en un ciego y nada varonil amor por la riqueza. ¿Nos hemos preguntado en serio si la prevalencia de semejante espíritu puede ser perjudicial para una comunidad? Lo que está claro es que, dondequiera que exista, se convierte en el espíritu *regidor* y, como consecuencia natural, infunde en nuestros pensamientos y afectos un grado de su propio egoísmo: nos volvemos egoístas en nuestro patriotismo, en nuestras relaciones domésticas y en nuestra religión.

Que los hombres, fieles a su naturaleza, cultiven los afectos morales, que lleven vidas viriles e independientes, que hagan de las fortunas los medios y no los fines de su existencia, y así no volveremos a oír hablar del espíritu comercial. El mar no se estancará, la tierra seguirá siendo tan verde como siempre y el aire será igual de puro. Este mundo curioso en el que habitamos es más maravilloso que conveniente, más bello que útil y, por tanto, existe más para ser admirado y disfrutado que utilizado. Debería alterarse de algún modo el orden de las cosas: el séptimo día debería ser el día de trabajo de los hombres, el día en que se ganasen la vida con el sudor de su frente, y los otros seis días, el domingo de los afectos y del alma, en los que arreglar su extenso jardín y beber de las suaves influencias y sublimes revelaciones de la Naturaleza.

Pero hasta el mayor esclavo de la avaricia, el más ferviente y egoísta adorador del becerro de oro, trabaja sin descanso por

otros propósitos que la mera adquisición de las cosas buenas de este mundo: se está preparando, gradual e inconscientemente quizás, para vivir una vida más intelectual y espiritual. Aunque quiera, y por muy degradada y sensual que sea su experiencia, el hombre no puede escapar a la Verdad. Sobre el estruendo y el bullicio del comercio, la Verdad se hace oír por el comerciante en su mesa o por el avaro que cuenta sus ganancias, así como en el retiro del estudio, por su humilde y paciente seguidor.

Sin embargo, en este asunto no todo son sombras, también hay luces: el espíritu que estamos considerando no es malo siempre y sin excepción. De hecho, nos alegramos de que sea un indicio más de la libertad completa y universal que caracteriza la época en la que vivimos, un indicio de que la especie humana está dando un paso más en esa infinita serie de progresos que le aguarda. Nos alegramos de que la historia de nuestra época no vaya a constituir un capítulo estéril en los anales del mundo, de que el progreso que registre sea, casi con total seguridad, general y rotundo. Nos regodeamos en esos mismos excesos que son fuente de ansiedad para el bueno y el sabio como prueba de que el hombre no siempre será esclavo de lo material, sino que, dentro de poco, al desechar esos deseos terrenales que lo identifican con las bestias, pasará los días de su estancia en este su paraíso inferior como correspondería al mismísimo Señor de la Creación.

LA BARBARIE
DE LOS ESTADOS CIVILIZADOS

La justicia de la reivindicación de una nación para que se la considere civilizada parece depender, principalmente, del grado en que el Arte ha triunfado sobre la Naturaleza. La cultura, implícita en el término «Civilización», es la influencia que el Arte, y no la Naturaleza, ejerce en el hombre. Éste mezcla su propia voluntad con las esencias inalteradas que lo rodean y se convierte, a su vez, en la criatura de sus propias creaciones.

El fin de la vida es la educación. Una educación es buena o mala según la disposición o estado mental que induce. Si tiende a abrazar y desarrollar el sentimiento espiritual, a recordarle continuamente al hombre su misteriosa relación con lo divino y la Naturaleza y a exaltarlo por encima del trabajo duro y penoso de este mundo prosaico, es bueno. Creo que la civilización no sólo no cumple esta premisa, sino que es directamente contraria a ella. El hombre civilizado es el esclavo de la materia. El arte pavimentaba la tierra, no sea que se manche las suelas de los zapatos; construye paredes, de modo que no ve el cielo; año sí, año no, el sol sale en vano para él, la lluvia cae y el viento sopla, pero no le llegan. Desde su tipi de ladrillo y mortero, alaba a su Creador por el agradable calor de un sol que nunca ve o por la fertilidad de una tierra que pisa con desprecio. ¿Quién dice que esto no es una pantomima?

Basta ya de las influencias del Arte.

Nuestros toscos antepasados tenían visiones abiertas y amplias de las cosas, rara vez estrechas o parciales. Se entregaban

por completo a la Naturaleza: contemplarla era parte de su alimento diario. Ella era formidable, como sus ideas. No se puede convencer al habitante de una montaña de que utilice un microscopio; está acostumbrado a abarcar imperios de un solo vistazo. La naturaleza está continuamente ejerciendo una influencia moral sobre el hombre, se acomoda a su alma, de ahí que las ideas de este último sean tan gigantescas como sus montañas. Podemos ver un ejemplo de esto si desviamos la mirada hacia los baluartes de la libertad: Escocia, Suiza y Gales.

¿Puede el Arte idear algo más formidable que los Alpes? ¿Hay algo más sublime que el trueno entre las montañas?

El salvaje es amplio de miras; su mirada, como la del poeta:

Va alternativamente de los cielos a la tierra y de la tierra a los cielos¹.

Se adentra así en el futuro y deambula con tanta familiaridad por la tierra de los espíritus como el hombre *civilizado* por su parcela arbolada o por sus jardines de esparcimiento. Su vida es poesía hecha realidad, una epopeya perfecta: la tierra entera es su terreno de caza, vive veranos e inviernos, el sol es su reloj y él se dirige hacia su salida o su puesta, hacia la morada del invierno o hacia la tierra de donde procede el verano. Nunca se detiene a escuchar el trueno, pero éste le recuerda al Gran Espíritu: es su voz. Para él, la centella no es tan terrible como sublime, el arcoíris no es tan bello como maravilloso, el sol no es tan cálido como glorioso.

El salvaje muere y es enterrado, duerme con sus ancestros y en pocos inviernos su polvo vuelve al polvo y su cuerpo se mezcla con los elementos. El hombre civilizado no puede dormir

ni en su tumba. Ni siquiera allí tienen descanso los agotados ni el malvado deja de perturbar. Con el martilleo de la piedra y el chirriar de los pernos, los propios gusanos se sienten casi engañados. El Arte erige su monumento, el conocimiento contribuye a su epitafio y el interés añade el *Carey fecit* como freno conveniente a las emociones sobrenaturales que, de otra manera, una lectura atenta sugeriría.

Una nación puede ser tremendamente civilizada y, aun así, adolecer de falta de sabiduría. La sabiduría es el resultado de la educación, y la educación, al ser el producto, o el desarrollo, de lo que hay dentro de un hombre, por contacto con el No Yo, está más segura en manos de la Naturaleza que del Arte.

El salvaje puede llegar a ser sabio, y suele serlo. Nuestro indio es más hombre que el habitante de una ciudad. Él vive como un hombre, piensa como un hombre y muere como un hombre. El ciudadano, por su parte, está más instruido, pero la Instrucción es la criatura del Arte y no resulta esencial para el hombre perfecto: la Instrucción no provee Educación alguna. Un hombre puede dedicar sus días al estudio de una única especie de animalculo, invisible a simple vista, y así convertirse en el fundador de una nueva rama de la ciencia, sin haber aportado nada al propósito fundamental por el que le fue concedida la vida.

El naturalista, el químico o el físico no es más hombre por todo el conocimiento que alberga. La vida sigue siendo tan corta como siempre, la muerte igual de inevitable y los cielos igual de lejanos.

¹ Cita de William Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*, acto V, escena 1. (Todas las notas de esta edición, salvo que se indique lo contrario, son de sus traductores).